

DISCURSO DE COLACIÓN DE GRADO
UNIVERSIDAD DEL SALVADOR
RECTOR, CARLOS IGNACIO SALVADORES DE ARZUAGA

Señoras y señores:

Una vez más, esta Comunidad de la Universidad del Salvador se reúne para acompañar y homenajear a un grupo de alumnos que han alcanzado la ansiada meta de su graduación.

La Casa en la que adquirieron los conocimientos necesarios para desempeñarse mañana en sus respectivas profesiones los saluda, los despide como alumnos, pero sabe que los retiene como miembros porque los siente parte de su vida como Institución.

Es que la mayor riqueza de una Universidad digna de ser tenida como tal está en la relación entre los profesores y los alumnos.

En esa atmósfera se concreta el acto indefinible y sublime de la transmisión del saber.

Ese vínculo suele prolongarse más allá del egreso de quienes se gradúan, y genera además el interés de estos en traspasar a su vez sus conocimientos a los que vienen detrás.

Allí encontramos una clave de identidad de nuestra querida Universidad del Salvador, que reivindica e impulsa ese espíritu desde hace ya casi 70 años.

Gracias a Dios, nuestra impronta cristiana y jesuita no se ha perdido.

Al contrario, crece con firmeza, esa firmeza que le permite abrirse sin temores ni prejuicios al conocimiento de lo nuevo, segura del valor de sus raíces.

También gracias a Dios, nuestra Universidad nunca ha cedido a la tentación de verse a sí misma como un grupo de iluminados, superior al resto de los mortales y dedicado a discutir en la comodidad de su torre de marfil.

Un engendro así no sería en absoluto ignaciano, porque las iniciativas de la Compañía de Jesús a lo largo de sus cerca de 500 años de existencia han tenido siempre y en todo el mundo el común denominador de la inclusión, muchísimo tiempo antes de que ese saludable rasgo de una sociedad bien constituida fuera valorado como lo es hoy.

La Universidad de la que ustedes egresan, queridos graduados, siempre bregó por integrar y equiparar talentos y posibilidades, convencida de que todos y cada uno de quienes se le acercan tienen algo para dar y así enriquecerla.

Repito: viene haciéndolo desde su primera hora, a pesar de los obstáculos y de que para algunos ese criterio tan obviamente cristiano no resulte demasiado "glamuroso".

El secreto de tal acierto está, como siempre ocurre, en sus orígenes, en sus fuentes.

La consigna fue, y es, no copiar procedimientos ni estructuras que proceden de otros contextos y que no se adecuan a nuestras realidades. Para usar una síntesis sencilla: si los problemas son nuestros, las soluciones no pueden ser ajenas.

Por eso la Universidad del Salvador ha desarrollado y sigue desarrollando propuestas de nuevos modos de entender y ayudar a la sociedad a la que pertenece, de la que DE VERAS se siente parte y a la que quiere servir.

Nuestros alumnos perciben que ni ofrecemos saberes desarraigados ni rendimos culto a esnobismos que hoy deslumbran y mañana nadie quiere.

Aplicamos la sabia enseñanza que recuerda que la realidad es superior a la idea, y que se avanza adecuadamente y sobre seguro sólo si se lo hace desde las propias raíces.

Por eso no le tenemos miedo a los cambios ni renegamos de la flexibilidad al ponernos frente a lo nuevo.

Sabemos que contamos con la poderosa herramienta ignaciana del discernimiento. Con ella, por decirlo de algún modo, podemos darnos el lujo de no enseñar a los alumnos cómo tienen que pensar, sino a pensar.

Alguno podrá decir que hacer eso no es sencillo, y tendrá razón; bien se ha dicho ya que es más fácil aprender cosas nuevas que desaprender las cosas viejas. Pero lo hacemos.

Una clave, y con esto voy terminando, está en el lema de esta casa: nos proponemos dar ciencia a la mente, algo que podría verse como propio de cualquier ámbito de estudio, pero también virtud al corazón.

Pretendemos formar buenas personas, sensibles y solidarias; no únicamente profesionales exitosos.

Por eso compartimos con el Papa Francisco, el mismo Jorge Mario Bergoglio que medio siglo atrás nos redactó nuestra Carta de Principios, la convicción de oponer la cultura del encuentro, cada uno desde el ámbito en que le toca actuar, a la funesta cultura del descarte que hoy parece disgregar a las sociedades humanas.

Deseamos a nuestros graduados de hoy un excelente desempeño profesional, orientado también a atender las urgencias y angustias de quienes comparten con nosotros esta época incierta y apasionante.

Por supuesto, quedan abiertas nuestras puertas para ustedes, para que cuando lo sientan necesario no duden en volver. Los queremos, los valoramos, y va a encantarnos verlos regresar.

En lo personal les deseo de corazón que Dios los bendiga y San Ignacio los guíe. Nada más, muchas gracias.